MADRE: Si te da miedo lo oscuro, tú abre la boca y piensa que la oscuridad es como de regaliz, de chuche. Y te la comes, te la tragas todita. Sólo puedo hablar de mí cuando hablo como de otra persona. ¡Ay qué rica la negrura, qué rica la noche, madre! Eso le dice ella a sus hijos. Cuando esta mujer se echa a dormir y no cae y no cae, ella piensa en la negrura y se olvida hasta de su nombre. Digo, que no hay negrura más grande que la de cuando no se pega ojo. Y de negrura se alimenta ella, de negrura *renegría*. La madre de estos dos niños tiene la boca oscura, de luto. Un funeral tiene en la boca. Anda que no le lloró tu madre a tu padre. Digo. De pena no. Un día su marido empezó a decir que sus hijos no le querían. A él. Eso es así. El odio al padre, la patria, la autoridad; y el amor a la madre, el milagro, el misterio. Misterio, milagro y autoridad. Ella no es como las mujeres que matan a su marido y luego hacen como que están afectadas. No. Ella le hace un favor al mundo. Ella echa cabezas de cerilla al whiskey para apagarse. Esa mujer está tronada pero no pierde las formas. Tanto genio tiene ella, que su marido, incluso durmiendo, apretaba los dientes todas las noches, porque su cuerpo de hombre estaba alerta. Sonaba como los cacharritos de la feria al final del verano. Mis hijos no me quieren, ¿qué tienes tú que yo no? Y la madre le dice que/

JUANA: A mí me pica la varicela de mi hijo, me duelen los ovarios desde la primera regla de mi hija. Si alguno tiene ganas de devolver, ya vomito yo por ellos y se les pasa toda la fatiga del mundo.

MADRE: Es que cómo explica esa madre a este señor esa forma de amor, que si no la estás tragando no se entiende.

JUANA: Si es que mírame, si lloro con todos los himnos. Con el de Estados Unidos y con el de Vietnam...

MADRE: Con todos los himnos.